

Xavier B. Fernández

EL SONIDO DE LA NOCHE

mr · ediciones

El papel utilizado para la impresión de este libro
es cien por cien libre de cloro
y está calificado como **papel ecológico**.

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede
ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por
ningún medio, ya sea electrónico, químico, óptico, de grabación
o de fotocopia, sin permiso previo del editor. Todos los derechos reservados.

© 2010, Xavier Borràs Fernández

© 2010, Ediciones Planeta Madrid, S. A.

Ediciones Martínez Roca es un sello editorial de Ediciones Planeta Madrid, S. A.

Paseo de Recoletos, 4. 28001 Madrid

www.mrediciones.com

Primera edición: abril de 2010

ISBN: 978-84-270-3614-7

Depósito legal: Na. 853-2010

Preimpresión: J. A. Diseño Editorial, S. L.

Impresión: Rotativas de Estella, S. L.

Impreso en España-Printed in Spain

ÍNDICE

CARA A LA CONDESA DESCALZA

1. Take the «A» Train (Billy Strayhorn)	11
2. Solitude (Duke Ellington)	41
3. Celia (Bud Powell)	87
4. Ornithology (Charlie Parker)	109
5. Take Five (Paul Desmond)	131
6. Evidence (Thelonious Monk)	147
7. Strictly Confidential (Bud Powell)	165
8. I Didn't Know About You (Duke Ellington)	191
9. Bohemia After Dark (Oscar Pettiford)	211
10. Celia (Charles Mingus)	225

CARA B PANDORA Y EL HOLANDÉS ERRANTE

11. Out of This World (John Coltrane)	255
12. Lost in the Night (Richard Maltby, Jr)	269

13. Ask Me Now (Thelonious Monk)	293
14. Who Knows (Thelonious Monk)	305
15. Big Nick (John Coltrane)	319
16. Sophisticated Lady (Duke Ellington)	337
17. Hello, Brother (Bob Thiele/George David Weiss)	361
18. Diablo (Oscar Peterson)	387
19. Song of Praise (John Coltrane)	397
20. Blue Train (John Coltrane)	407
Algunas puntualizaciones	437

CARA A

LA CONDESA DESCALZA

su verdadero nombre. Un italiano —uno de verdad, del viejo país, no un *wob* de Brooklyn—, cocinero de un buque de carga en el que había trabajado, me dijo que *pappalardo* en su idioma significa comer grasiento, o comida grasienta, algo así. Hamburguesa con beicon y doble de queso para el *signore* Nick. Ah, y unos aros de cebolla fritos con mucho aceite de oliva, gracias. Con el aceite que sobre embadurnará el peine y se lo pasará por el pelo, no sé por qué les gusta tanto a los *wobs* apelmazárselo hasta convertirlo en un casco de charol del que casi te parece ver gotas aceitosas chorrear nuca abajo.

En mis pesadillas Pappalardo siempre tiene el pelo perfectamente engrasado y lustroso como la piel de una foca, y siempre es él en persona quien me clava los clavos en las manos con su diminuto martillo forrado de fieltro, tiki-TIK-tiki-TIK, tiki-TIK-tiki-TIK, tiki-TIK-tiki-TIK, sin detenerse ni cambiar de ritmo, tiki-TIK-tiki-TIK, tiki-TIK-tiki-TIK, tiki-TIK-tiki-TIK, monótono y constante como Baby Dodds marcando el compás con las baquetas, tiki-TIK-tiki-TIK, tiki-TIK-tiki-TIK, tiki-TIK-tiki-TIK, la percusión es el pilar maestro de toda *jam session*, Baby Dodds y Nicola Pappalardo saben que es imprescindible un ritmo de batería constante y bien llevado que sirva de cimiento y base sobre la que construir los fraseos y las improvisaciones, pero en esta *jam* yo no podía aprovechar el ritmo tiki-TIK-tiki-TIK para teclear sobre él un buen solo, porque tenía las manos clavadas, y vaya cómo me dolían. Dicen los médicos que los dolores no se recuerdan pero y una mierda, yo recuerdo perfectamente el dolor del músculo y el tendón desgarrándose, recuerdo perfectamente el dolor de la punta de acero del clavo raspando el hueso, lo recuerdo tan bien que las manos vuelven a dolerme de la misma forma que entonces, en esas pesadillas recurrentes donde el Baldwin negro se convierte en un Steinway blanco y Pappalardo me clava personalmente los clavos con un martillito forrado de fieltro,

a ritmo cuatro por cuatro, tiki-TIK-tiki-TIK, tiki-TIK-tiki-TIK, tiki-TIK-tiki-TIK, sin parar ni cambiar de ritmo, tiki-TIK-tiki-TIK, tiki-TIK-tiki-TIK, tiki-TIK-tiki-TIK, y la vibración de cada golpe de martillo se extiende retumbante por todo mi cuerpo, tiki-TIK-tiki-TIK, tiki-TIK-tiki-TIK, tiki-TIK-tiki-TIK, transmitiéndose en ondas sísmicas por el esqueleto, tiki-TIK-tiki-TIK, tiki-TIK-tiki-TIK, tiki-TIK-tiki-TIK, mientras Pappalardo pone su cara blanca de luna llena frente a la mía, clava en mis oscuros ojos marrones sus ojos azules y me dice: te has comido uno de mis trajes, Holandés, y ahora estás pagando por ello. ¿Ves lo que te pasa por comerte uno de mis trajes? Tiki-TIK-tiki-TIK, tiki-TIK-tiki-TIK, tiki-TIK-tiki-TIK...

Me despierto sobresaltado, por un instante no sé dónde estoy pero aún me retumba el cuerpo al ritmo tiki-TIK-tiki-TIK del martillito de Pappalardo, hasta que me doy cuenta de que no es el martillito de Pappalardo, sino el tren en el que viajo de París a Barcelona, que traquetea a ese ritmo hipnótico de compás cuatro por cuatro tiki-TIK-tiki-TIK, tiki-TIK-tiki-TIK que tienen los trenes y que Memphis Slim solía imitar tan bien con la armónica. Recuerdo la última vez que vi a Memphis Slim en acción, imitando el traqueteo del tren con la armónica en un tugurio para negros de Baton Rouge. Y siento un aguijonazo de nostalgia al recordar que nunca volveré a ver Baton Rouge, ni Nueva Orleans ni Chicago ni Harlem ni Los Ángeles ni Las Vegas, aunque eso último ya me parece bien: por mí como si la arena del desierto de Nevada se vuelve movediza y se traga entera esa maldita ciudad de bombillas de baratija.

Frente a mí hay una cara blanca y redonda como una luna llena mirándome fijamente, pero no es la de Pappalardo, sino la de un fulano supongo que español, un fulano más bien bajito, de

pelo negro, cejas gruesas y juntas, bigote dibujado con tiralíneas y mentón azulado por la sombra de una barba demasiado cerrada como para que la elimine ningún afeitado matinal por apurado que sea. El fulano está sentado en el asiento de enfrente, que estaba libre cuando cruzamos la frontera franco-española en plena noche y el tren se paró con un resoplido en una tenebrosa estación llamada Montpellier, donde el frío se condensaba, blanco como un traje de Pappalardo, en los cristales de las ventanas, y unos fantasmales policías españoles armados con metralletas, envueltos en largas capas verdes y tocados con extraños sombreros negros acharolados como el pelo de Pappalardo subieron al convoy para revisar nuestros documentos. El que me tocó a mí en suerte se sorprendió un poco cuando la luz de su linterna le descubrió mi cara oscura y somnolienta, y leyó con aparente atención el falso pasaporte norteamericano que le alargué, pero me lo devolvió sin comentarios, porque al parecer buscaban subversivos españoles antifranquistas, no norteamericanos de raza negra, o negros de la nacionalidad que fuera.

No, entonces en el asiento de enfrente no estaba sentado este español cejijunto que ahora me mira con tanta curiosidad como hace unas horas lo hizo el fantasmal policía del extraño sombrero, guardias civiles se llaman como más tarde sabré. El cejijunto me mira embobado y absorto. Seguro que ni él ni el guardia civil han visto un negro en su vida; ya me avisaron en París que entre la dictadura, el bloqueo internacional que sufría hasta hace poco y el atraso endémico que padece desde hace mucho, España es un país aislado y encerrado en sí mismo donde un negro, y norteamericano por añadidura, iba a resultar tan extraño como un marciano verde. Y debe de ser cierto, porque mi cejijunto compañero está poniendo cara de preguntarse en qué portaequipajes me habré dejado el hueso para la nariz, el escudo de piel de cebra y la olla para cocinar misioneros con salacot. De pronto ba-

ja la vista avergonzado al darse cuenta de que me está mirando de forma tan descarada, no solo por curiosidad sino supongo que también porque yo me habré agitado y habré murmurado mientras soñaba la crucifixión al piano, siempre lo hago cuando sueño eso. Me pregunta algo en su idioma, algo que no entiendo muy bien, pero que por el tono y la cara que pone debe de ser: «¿Se encuentra usted bien?». Le contesto en mi mal español y con mucha ayuda del lenguaje gestual que estoy bien, que solo era una pesadilla. «Yo bien. Sueño malo», digo, más o menos. Por Dios, en español debo de sonar como Johnny Weissmuller cuando chapurrea inglés en las películas de Tarzán. Siempre sueñas como un cretino cuando hablas un idioma extranjero, y es peor cuanto menos lo domines. Casi no he hablado español desde que lo aprendiera en mi infancia, allá en Harlem. Y la dulce musicalidad del español mexicano y puertorriqueño al que estoy acostumbrado tiene poco que ver con la ruda forma de golpear el idioma que tienen los españoles.

Después de oír mis dos frases en el español de Tarzán, el cejjunto debe de haberse reafirmado en la sospecha de que acabo de salir de una selva del Congo y aún llevo el taparrabos de leopardo y los tatuajes tribales debajo de la gabardina Burberry y el traje gris de tweed comprado en Le Tailleur Américain de París. Pero el cejjunto se limita a sonreír, no una sonrisa de burla sino una sonrisa cortés, y asiente con la cabeza mientras me dice: «Ya, una pesadilla». Y yo recuerdo esa palabra española, pe-sa-di-lla, sé lo que significa, *nightmare*. «Sí, una pesadilla», le respondo. Y le sonrío y cabeceo asintiendo, y él me sonrío y cabecea a su vez, y durante unos segundos nos sonreímos y cabeceamos mutuamente como dos idiotas, encantados de haber establecido un vínculo comunicativo por encima de las barreras idiomáticas, hasta que el cejjunto vuelve a probar suerte y me suelta una nueva frase en un español demasiado veloz para mí, de la que apenas

entiendo poco más que la primera y la última palabra, respectivamente «pronto» y «Barcelona». No la pronuncia en tono interrogativo, sino en afirmativo, por lo que deduzco que me está diciendo algo así como «pronto llegaremos a Barcelona». Yo asiento de nuevo, y para evitar que la conversación prospere y con ella mi incomodidad, mascullo un «tengo que ir al servicio» en español (o en un idioma que se le parece) y salgo del compartimento, mientras el cejijunto me sonrío y sigue cabeceando. El cejijunto no parece mal tipo, pero el esfuerzo y el embarazo que supone mantener una conversación en una lengua extranjera y mal aprendida me fatigan demasiado, así que siento un gran alivio cuando me encuentro al fin solo, encerrado en el minúsculo y maloliente cubículo que sirve de retrete en este tren. A través de la taza veo pasar a toda velocidad las traviesas de la vía, curioso y directo sistema de evacuación de excrementos el de los trenes en este país, la red ferroviaria debe apestar como una letrina del ejército.

Por el momento no tengo ganas de regar los raíles, así que bajo la tapa del muy inapropiadamente llamado inodoro, me siento encima, enciendo un lucky strike y me vuelvo hacia el espejo devorado por el acné de la herrumbre, donde un hombre de ojos cansados y piel de un color marrón agrisado me devuelve la mirada. Saco del bolsillo de la gabardina la botella de cuarto de Jack Daniel's que había comprado en una tienda de licores cercana a la Gare d'Austerlitz en París y le echo un trago, mientras inspecciono las bolsas bajo los ojos del hombre del espejo, el blanco que cada vez salpica más su mata de pelo negro y lanudo cortado al rape y los rollos de grasa que le abultan la camisa a la altura de la cintura, y me pregunto cuándo empezó a aparecer todo eso, si como quien dice anteayer tenía el pelo de color negro azabache y, debo reconocerlo, más aceitado que el de un *wob*, la piel del rostro tersa y de un cálido color chocolate, el vientre

plano como una tabla y duro como un neumático. ¿Cuándo empezó el agrisado del pelo, el ensanchamiento de la cintura, la flacidez de la piel? No soy capaz de precisarlo. Entonces mi mirada baja hacia la mano que sostiene la botella de Jack Daniel's y se fija en la abultada cicatriz que recorre su dorso como una diminuta cordillera violácea desde el centro hasta el espacio entre el dedo medio y el anular, para dar ahí la vuelta y seguir hasta morir en el centro de la palma. Tengo otra cicatriz, hermana gemela de esa, en la otra mano. Estos dos cambios en mi apariencia sí soy capaz de precisar cuándo se produjeron. Puedo precisar el año, el mes, el día y hasta la hora. Y el lugar también, por supuesto. La maldita y refulgente ciudad de Las Vegas, así el diablo se la coma de postre.

Jueves, 5 de noviembre de 1950. A la una de la madrugada, en la habitación que ocupaba sobre el Mongo Bongo, una de las inversiones del capo neoyorquino Frank Costello en Las Vegas, administrado por uno de los hombres de confianza de Costello, Nicola *Moby Nick* Pappalardo, mi amigo Nick, quien me había convencido para que le acompañase a Las Vegas cuando Costello le envió allí a cuidar de sus negocios. Y yo me dejé convencer y le acompañé, y me lo pasaba en grande porque nadie se atrevía a meterse conmigo porque era amigo del peligroso gánster, y en aquel momento me lo estaba pasando todavía más en grande con una botella de Dom Pérignon y una bailarina blanca que trabajaba en el coro del local, una falsa rubia más bien bajita y con las tetas más grandes que el cerebro, pero vaya tetas, amigos, vaya tetas. Y vaya culo, y vaya piernas, y vaya labios, y vaya todo. Estúpida casi hasta la imbecilidad, pero qué importa el motor si la carrocería es tan magnífica. Y ahí estaba yo, Dutch, disfrutando de la vida, el champaña francés y el sexo in-

terracial cuando la puerta se abrió de golpe y entraron los esbirros de Moby Nick, el Gran Mac y el Pequeño Mac, y me encontraron con un buen pedazo de mi carne negra hundido en aquel pedazo de carne blanca.

En 1950 y en aquella parte de los Estados Unidos (bueno, en casi todas las partes, para qué la precisión), que pillasen a un hombre negro con una mujer blanca podía ser muy malo para la salud del hombre negro, y de hecho supongo que lo sigue siendo. Pero Nick Pappalardo era un hombre liberal al que le encantaba el be bop y no veía mal que uno de sus músicos preferidos, o sea yo, se lo montase de vez en cuando con alguna putilla blanca... excepto si la putilla blanca en cuestión era la que le calentaba la cama a él, que era exactamente lo que hacía aquella. No, Pappalardo podía ser un hombre sin prejuicios y con un exquisito gusto musical, pero también era un sádico hijo de puta con un sentido muy siciliano de la venganza, y para tomársela contra mí no se le ocurrió otra cosa que hacer que el Gran Mac y el Pequeño Mac me crucificaran sobre mi propio piano y dejarme allí, con las manos clavadas a la tapa de aquel excelente Baldwin, en mitad de la sala de fiestas vacía, mientras él se iba a cenar, retrasando el momento de darme mi merecido porque si no se le enfriarían los ñoquis, y comer los ñoquis fríos era un sacrilegio según el particular sistema de valores de Pappalardo. Una vez hechos los honores a los ñoquis y al lambrusco expresamente importado de Italia volvería para amputarme personalmente la parte de mi negra anatomía que había mancillado la anatomía blanca de su falsa rubia. Inmediatamente después, por deferencia a lo mucho que le había gustado siempre mi música, me pegaría el tiro de gracia para ahorrarme la lenta agonía por desangramiento.

No pude librarme de la crucifixión, pero sí de la subsiguiente castración y tiro de gracia porque aquellos descendientes de romanos no habían aprendido las técnicas empleadas por sus an-

cestros y me clavaron los clavos en las mismas palmas de las manos, no como recordaba yo haber oído a la maestra de la escuela dominical de la Iglesia de la Ciencia Cristiana que crucificaron a Jesús, clavándole los clavos en la muñeca, para que estos quedasen bien sujetos entre el cúbito y el radio. De haberlos clavado en las palmas, donde todo es tejido blando, sin ningún hueso que trabe el clavo, decía la maestra en la sala de proyecciones de mi memoria, el mismo peso del crucificado habría hecho que el clavo desencajase los huesecillos de los metacarpos, rasgando el tejido interóseo y la aponeurosis palmar hasta dejar libre la mano.

Quién me iba a decir a mí que asistir a la escuela dominical me serviría andando el tiempo para salvarme de la castración y la muerte, Dios te bendiga, mamá, por ser tan devota de la Iglesia de la Ciencia Cristiana y por obligarme a ir a su escuela dominical y a clases particulares de piano a pesar de toda mi resistencia y rebeldía, y Dios te bendiga por todos los suelos de casas de blancos ricos que tuviste que fregar para conseguir el dinero con que pagar las clases de piano del señor Martínez, que no enseñaba gratis como la escuela dominical, y desde luego tampoco era barato. Así que mientras Moby Nick y sus esbirros se iban a cenar antes de pegarme el tiro de gracia yo liberé mis manos de los clavos con sendos tirones que me desgarraron todo el tejido blando interóseo y la aponeurosis palmar y me dolieron mucho más que ninguna otra cosa en mi vida, pero no tanto como para impedirme salir corriendo, dejando un rastro de goterones de sangre en el recién encerado suelo de la desierta sala de baile.

Alguien golpea la puerta del retrete, sobresaltándome y devolviéndome bruscamente de Las Vegas en 1950 a este tren en 1959. Una voz que debe de ser la del revisor grita a través de la puerta

que ya llegamos a Barcelona, o eso creo entender. Tiro la colilla del lucky strike directamente a la vía a través del desagüe del retrete, salgo y vuelvo al compartimento, donde mi compañero el cejijunto ya está bajando las maletas del portaequipajes. El rítmico tiki-TIK-tiki-TIK del tren va pasando poco a poco de *allegro* a *staccato* y finalmente acaba con un largo resoplido en fa sostenido cuando nos detenemos en una gran estación a la que la arquitectura neoclásica y la gran cúpula de acero y cristal que la remata le confieren un aspecto vagamente catedralicio, una estación que luego sabré que se llama de Francia porque aquí finalizan su trayecto los trenes que vienen de ese país. El cejijunto y yo, ya desembarcados y cargados con nuestros equipajes respectivos, nos despedimos cordialmente. Me quedo observándole mientras se aleja en dirección a la salida, balanceando su menuda anatomía bajo el peso de las voluminosas maletas. Vuelvo a pensar que parece un buen tipo, aunque vete a saber. Al principio también me parecía buen tipo Nick Pappalardo, cuando entraba con su traje blanco hueso en el local donde yo amenizaba las copas tocando el piano y venía directamente hacia mí con los brazos abiertos y la sonrisa de tiburón llena de dientes brillando como un foco destinado a deslumbrarme, diciendo: «Holandés, deja de tocar esa mierda de cancioncillas ñoñas, ya sabes lo que quiero oír», y dejaba un billete de veinte en la copa de las propinas, y yo asentía y le guiñaba un ojo y atacaba algún tema de Thelonious Monk o de Bud Powell o mío, dejando volar mis manos aún sin cicatrices sobre el teclado al ritmo que me marcaba la inspiración del momento, sin preocuparme por estribillos ni melodías, para general consternación y disgusto de los palurdos clientes blancos que querían seguir oyendo las melifluas tonadillas puestas de moda por Frank Sinatra o Bing Crosby, o como mucho lo más facilón del repertorio de Duke Ellington, y se exasperaban ante esa música para ellos tan rara y sin estribillos reco-

nocibles, pero yo sabía que Nick me cubría las espaldas, él estaba sentado a su mesa sonriendo satisfecho, disfrutando de mis frases y escalas e improvisaciones, era un sádico hijo de puta pero realmente tenía buen gusto para la música, realmente adoraba el bop y al fin y al cabo aquel era su local y pobre del que se atreviera a expresar en voz alta su disgusto y a exigir que yo volviera a teclear *Mister Sandman* o *Jeepers Creepers* o *My Funny Valentine* o *It's a Wonderful World*, podía acabar con un brazo roto por cortesía del Gran Mac o las pelotas aplastadas por cortesía del Pequeño Mac mientras el camarero me dejaba sobre el piano un Jack Daniel's sin hielo por cortesía del señor Pappalardo, y a lo mejor antes de irse el señor Pappalardo en persona volvería a acercarse al piano para palmearme la espalda y felicitarme y decirme al oído: «Holandés, he oído que te han visto con una mujer blanca otra vez. Oye, ya sabes que por mí puedes follarte a todas las que quieras y que te aproveche, pero sé un poco más discreto porque ya sabes cómo está el tema, por aquí hay mucho palurdo blanco cabeza cuadrada al que no le gusta que un negro ande tirándose a sus mujeres, ni siquiera uno con tanto talento como tú. Oye, ya sabes que yo te cubro la espalda pero hazme un favor y sé discreto, fóllatelas bien folladas y a mi salud pero en privado, no sea que alguno de esos blancos idiotas sea lo bastante idiota como para hacer caso omiso de mi palabra de protección sobre ti y deje a mi músico favorito incapacitado para hacer su magia, y eso no lo queremos ni tú ni yo, ¿verdad, Holandés? Al fin y al cabo un coño es solo un coño y los hay por todas partes, pero la música es algo mucho más importante que cualquier coño del mundo». Y yo le respondía que sí, Nick, no te preocupes por eso, Nick, y le sonreía como un maldito Tío Tom mientras Pappalardo dejaba otro billete en la copa de las propinas y se marchaba, y yo pensaba que no era mal tipo y me enorgullecía de ser uña y carne con el gran Moby Nick, estúpido ciego engreído de mí.

Hace frío, y eso que me dijeron que Barcelona tiene un clima soleado y agradable, un clima mediterráneo, que viene a ser la versión europea del clima californiano, o viceversa quizá. Pero este día hace frío y la luz que se filtra por la bóveda de hierro y cristal que techa la estación es mortecina y gris, así que me abrocho la gabardina Burberry, me levanto las solapas y me callo el Stetson Temple. De paso así se me verá menos la cara y mi condición de hombre negro o de marciano verde será algo menos manifiesta. Camino hacia la salida de la estación acarreando mi vieja maleta, la que me ha acompañado durante estos diez años de eterno peregrinaje por América y Europa, paso por delante de un quiosco de prensa y me acerco para ver si puedo comprar algún periódico americano, en la creencia de que no será fácil encontrar prensa extranjera en la aislada España y una estación internacional puede ser uno de los pocos sitios donde la vendan, pero solo veo periódicos en español. Uno de ellos tiene una gran foto en la portada, en blanco y negro virado a sepia, donde se ve al general Franco abrazando sonriente a un presidente Eisenhower no menos sonriente; vaya con el viejo Ike cómo contemporiza con los antiguos aliados de Hitler, qué pronto se le ha olvidado todo aquello que decía durante la guerra, hinchando el pecho con orgullo para arengar a los soldados americanos que habíamos ido a Europa a luchar bajo sus órdenes para salvar a la democracia del fascismo. Ahí lo tienen, el viejo defensor de la democracia americana promocionado de general a presidente, a punto de darle un beso en la boca al último representante en activo del fascismo europeo, promocionado de general a Generalísimo.

El viejo que está a cargo del quiosco tiene un brazo de menos y me observa con mucha atención, no sé si porque él tampoco ha visto nunca un negro o porque estoy leyendo su mercancía sin comprarla, y cierto súbito sentimiento de embarazo o de aho-

rrarme explicaciones me impulsa a coger el periódico y pagárselo con un billete de cinco francos, porque solo tengo moneda francesa, y él mira el billete y luego me mira a mí y me suelta: «Êtes-vous français?» en el idioma de Molière, que domino algo peor que el de Cervantes. «No, je ne suis pas français, je suis américain», le respondo, y el manco primero me mira con intensidad y luego sonrío, y para mi inmenso alivio empieza a hablar en inglés, un inglés con un poco de acento español, y un poco de acento británico insinuándose por debajo, pero muy fluido y correcto. «Ah, yes, American, I should have guessed. I'm so sorry, sir, but I can't accept french money. Only pesetas». Le digo que no tengo pesetas porque acabo de llegar de París y le pregunto que dónde puedo cambiar mis francos, y él me lo dice amablemente, y me pregunta que qué me parece la foto de la portada del periódico que tengo en la mano, y yo le contesto que serví a las órdenes del viejo Ike, que cuando la guerra vine a Europa como soldado del ejército americano para combatir contra Hitler y Mussolini y que me desagrada ver ahora al viejo Ike abrazándose al antiguo aliado del Führer y el Duce, y en el momento que digo todo esto en inglés me doy cuenta de que estoy siendo un bocazas imprudente, imagínate que este viejo manco es un franquista convencido que perdió el brazo luchando contra la Brigada Lincoln, pero algo en los ojos del manco me dice que el general Franco no es santo de su devoción, que me ha hecho la pregunta esperando oír en respuesta algo parecido a lo que está oyendo, y la discreta sonrisa que esboza mientras me escucha me lo confirma. Intento devolverle el periódico pero él me dice que lo conserve, que me lo regala con mucho gusto, me llama «camarada» y me guiña un ojo. Me inquieta un poco esa repentina familiaridad, pero se lo agradezco igualmente. Me pregunta que si ya tengo alojamiento en la ciudad y yo le contesto que no, que lo primero que voy a hacer es buscar un hotel barato. Él me dice

que puede aconsejarme un sitio con un precio muy razonable. Coge un trozo de papel, se saca un lápiz del bolsillo y garabatea un nombre y una dirección. Se lo agradezco, me despido y me voy con el periódico bajo el brazo. Tras cambiar mis francos por pesetas en el despacho de divisas abierto en la misma estación que el viejo manco me ha indicado, me dirijo a la salida, donde bajo un cielo gris y azotado por un aire frío y húmedo encuentro un taxi, un vistoso hispano suiza amarillo y negro. Para evitar tener que debatirme en una fatigosa conversación en el español de Tarzán, le doy al taxista, sin siquiera devolverle el «buenos días», el pedazo de papel, para que lea él mismo la dirección. Él la lee, dice que de acuerdo, o eso le entiendo, y pone en marcha su hispano suiza amarillo y negro mientras gotas de fina lluvia dibujan un tapiz de lágrimas sobre los cristales.

Andando el tiempo llegaría a saber por propia experiencia que Barcelona es una ciudad de clima templado, incluso muy calurosa en verano, con un cielo despejado de un azul purísimo la mayor parte del año, una ciudad que disfruta de las frecuentes visitas de un sol radiante que la baña en esa blanca y transparente luz del Mediterráneo. Pero yo siempre la recordaré como esa ciudad gris y melancólica, lluviosa y fría que descubrí aquel primer día, esta ciudad de húmedas piedras medievales y calles angostas por las que este taxi con piel de salamandra avanza ahora de forma tan intrincada, hasta que de pronto desembocamos en una pequeña plaza encerrada entre cuatro muros, uno de los cuales pertenece a una iglesia con aspecto de haber sido construida cuando los antepasados de Pappalardo aún gobernaban un imperio por estas tierras. En otro de los muros se abre la puerta del lugar adonde me dirijo, una pequeña puerta sobre la que pende un pequeño cartel de madera despintado por la intemperie pero en el que aún se puede leer un nombre: Pensión Condal. Pago al taxista lo que marca el taxímetro, sorprendiéndome de lo poco

que es en cuanto hago el cálculo mental de conversión de pesetas a dólares, tan poco que llego a preguntarme si no me habré equivocado en la operación, pero no, el taxi me ha costado menos de la mitad de lo que me hubiera costado en París, y pienso para mis adentros mientras entro en el vestíbulo de la Pensión Condal que si los precios en este país son de un nivel equivalente al del taxi tengo dinero de sobra para pasar con holgura unos cuantos meses.

El vestíbulo es un poco oscuro y un poco maloliente, solo un poco, con un vago aroma a moho y a humo de cigarro puro de bajo precio espesando el ambiente. El recepcionista se esconde tras un macizo mostrador de madera oscurecida por la mugre donde brilla, incongruente, un timbre de cobre bruñido con esmero. Es un tipo tirando a viejo, básicamente un manojo de ángulos agudos recubiertos por un tenso saco de piel apergaminada, una pequeña momia vestida con una camisa no muy limpia y un chaleco de fieltro gris. Entre sus labios, que son como una cuchillada en un pergamino, asoma la fuente del olor a tabaco que impregna el aire: una colilla de puro medio masticada y húmeda de saliva que nieva ceniza blanca sobre el gris del chaleco. La pequeña momia escucha una vieja radio por la que están retransmitiendo un acontecimiento deportivo, un partido de fútbol con toda seguridad, andando el tiempo sabré que el fútbol apasiona a los españoles tanto o más que a los norteamericanos el béisbol. La momia me mira con sus ojos de color negro mate como botones de goma blanda, tal como Faulkner describió los de Popeye, no el marino de los cómics sino el gánster que aparece en su novela *Santuario*, y se queda unos segundos sin atinar a decir nada. Seguro que este tampoco ha visto un negro en su vida y está tratando de recuperarse de la sorpresa, o quizá la sorpresa se la ha llevado al ver entrar a un cliente digamos que bien vestido en este palacio de cucarachas. Por fin reacciona, se saca de la boca

la colilla apestosa, me muestra una sonrisa marrón escasa de dientes y me pregunta algo ininteligible en español, a lo que yo le respondo: «Do you speak English?». «No inglés», me contesta. Pues tendrá que ser en español, pienso yo. Y le digo en ese idioma que quiero una habitación para unos días, y él dice que de acuerdo.

—¿Cómo ha sabido de nosotros? —me pregunta ya sin la colilla entre los dientes, o sea, con mucha más claridad, mientras busca una página en blanco en el registro.

—Gracias a un hombre que trabaja en el quiosco de prensa de la estación —respondo yo—. Un hombre mayor, con un solo brazo.

La momia levanta la vista del registro y me mira un instante. Luego vuelve a bajar la mirada e inicia el rutinario interrogatorio de los recepcionistas de hotel: ¿nacionalidad? Norteamericano, pero residente en Francia. ¿Se quedará mucho tiempo? Un par de semanas, puede que algo más. ¿Nombre? Richard Wright (nombre falso, por supuesto, pero es el que consta en el pasaporte que guardo en el bolsillo). La pequeña momia me pide el importe de dos días de estancia por adelantado y yo se lo pago con los billetes con las efigies de reyes medievales que me han dado en el despacho de divisas. La pequeña momia los guarda en una caja de puros que tiene bajo el mostrador, escoge una llave de las que cuelgan de un panel a sus espaldas y me la da. Habitación 212, el baño está en el pasillo, las sábanas se cambian todos los días, no se puede cocinar, tener animales o traer compañías femeninas a las habitaciones, aunque esto último puede arreglarse mediante la correspondiente propina al recepcionista, añade la pequeña momia volviendo a enseñar su menguada colección de dientes pardos. Yo le respondo con un «gracias» más gruñido que pronunciado y subo las lóbregas escaleras hasta mi habitación, cargando mi vieja maleta, sintiendo durante todo el trayecto sus ojillos negros de goma blanda clavados en

mi espalda, oyéndole dar nerviosas chupadas a su babeada y apetosa colilla.

La habitación no está mal: es pequeña, pero no demasiado. No muy limpia, pero tampoco muy sucia. El aire tiene un vago olor a cerrado y a humedad, pero no tan acusado como para que uno no pueda dejar de percibirlo en cuanto el olfato se acostumbra un poco. El papel pintado es feo y viejo y se abarquilla un poco en algunos extremos, la cama es de barrotes de latón deslucido y un poco moteado de óxido, las sábanas están limpias pero tan tiesas a causa de demasiados lavados con lejía que casi crujen, y tan remendadas que apenas queda un palmo cuadrado del tejido original. La manta raspa como si estuviera hecha con estropajos y pesa como si los estropajos fueran de alambre de plomo, y la colcha tiene agujeros de cigarrillo. Al igual que los barrotes de latón de la cama, el espejo colgado encima del lavamanos está un poco picado, y los escasos muebles un poco desvencijados, pero en conjunto no está mal, pienso mientras me deshago de la gabardina, el sombrero, la chaqueta y los zapatos, me aflojo el nudo de la corbata y abro la maleta para sacar mi más preciada pertenencia, un fonógrafo portátil, donde pongo un disco de Billie Holiday y me tumbo en la cama a fumar uno de mis últimos lucky strike y a escuchar la áspera y evocadora voz de Lady Day en *Songs for Distingué Lovers*, en mi opinión una de sus mejores grabaciones. No, la habitación no está tan mal, he dormido en sitios mucho peores desde que empezó mi exilio errante, desde aquella noche en que con las manos desgarradas por los clavos me presenté en casa de Jerome Jefferson, el buen viejo Jerome, camarero del Mongo Bongo, el hombre que, vestido con su camisa blanca impecable y su chaquetilla roja, me traía el vaso de whisky con hielo cuando Nicola *Moby Nick* Pappalardo me invitaba, el buen viejo Jerome que, después de que Pappalardo volviera a sus quehaceres tras haberme palmeado la es-

palda sonriendo y haber murmurado en mi oreja toda clase de cumplidos a mi talento musical, se inclinaba sobre mi otra oreja mientras dejaba el vaso de whisky sobre el piano, aquel maravilloso Baldwin negro, y me susurraba: «Borra esa sonrisa de tu cara, negro. No me gusta esa sonrisa. Estás demasiado seguro de ti mismo. Y un día te vas a meter en un lío de los grandes por ello». Y yo le respondía: «Ahora no me echas tú también el sermón por lo de las mujeres blancas, Jerome. Ya me lo ha echado Nick». Y él: «Sí, esa es otra. Confías demasiado en tu amistad con Pappalardo. ¿Crees que él te va a salvar el culo porque eres su negro?». «Yo no soy el negro de nadie, Jerome.» «Y Pappalardo no es el amigo de nadie. Ahora está encaprichado contigo, pero un día harás algo que le disguste y entonces vas a tener problemas de verdad, negro. Problemas con una gran P mayúscula. Recuerda lo que te digo. Y, por el amor de Dios, aléjate de las mujeres blancas. Hablando de problemas, eso es todo lo que conseguirás de ellas».

Así que al final también él había venido a sermonearme sobre las mujeres blancas. Pero yo sonreía como un idiota engraido que se creía mejor que aquel camarero solo por ser un músico que había alcanzado cierto grado de reconocimiento público, porque me creía un artista y me creía los halagos de Moby Nick y creía que podía hacer lo que me diese la gana porque por ser un artista se me toleraban conductas que a un hombre negro normal y corriente como Jerome no se le tolerarían. El buen viejo Jerome, cuánta razón tenías, y no me lo echaste en cara ni una sola vez cuando aquella noche llamé a tu puerta con las manos desgarradas hasta el hueso y tú me recibiste en pijama y con los ojos abiertos como platos por la sorpresa, pero tan solo me hiciste una pregunta utilizando una sola palabra: «¿Pappalardo?», y yo asentí porque el dolor no me dejaba hablar, y tú sin decir nada más me llevaste a la cocina, despertaste a tu mujer, que era enfermera en el hospital para gente de color, y ella me cosió las ma-

nos con todo su arte, que era mucho, y con la ayuda de un libro de medicina con láminas, cosiendo músculo con músculo, tendón con tendón, mientras tú sacabas vuestros ahorros de debajo de una tabla del suelo para que tuviera algo con lo que llegar a Los Ángeles una vez hubiera descansado escondido a cubierto en tu casa, y me diste ropa de tu ropa y una dirección donde contactar con alguien que me proporcionase un médico discreto y un pasaporte falso, porque al día siguiente corrió la voz de que los hombres de Nick estaban dando la vuelta a todas las piedras de Las Vegas y el desierto de alrededor, buscándome para acabar lo que habían empezado, y lo más seguro para mí era poner mucha, mucha tierra de por medio. Todo eso lo hiciste sin ni una sola vez decir «ya te avisé». El buen viejo Jerome, camarero del Mongoose Bongo y una de las mejores y más generosas personas que he conocido en mi vida, mucho mejor que yo cien veces. En cuántas ocasiones durante estos años de huida no habré pensado en ti maldiciéndome por no haberte hecho caso de entrada y maldiciéndome por haberte puesto en peligro yendo a buscar refugio a tu casa y permitiéndote que me escondieras en ella, porque si Moby Nick se entera alguna vez de que tú me ayudaste a huir tu vida y la de tu mujer no valdrán ni dos centavos.

Unos golpes fuertes e imperiosos suenan en la puerta de la habitación y me levanto para abrir sabiendo antes de hacerlo lo que esos golpes significan: policía. En todos los países los golpes de la policía en la puerta tienen el mismo aire matonil e imperioso. Y efectivamente, cuando abro la puerta me encuentro a dos tipos de ojos fríos y bocas duras, uno alto y espigado y el otro bajo y recio, se parecen un poco a Abbott y Costello, solo que estos no tienen ninguna gracia. Llevan sombreros grises y gabardinas, y el bajo y recio luce un bigotillo sobre el labio superior que parece

dibujado con tiralíneas, como mi compañero de viaje en el tren de París, un bigotillo de Errol Flynn. «Policía», dice innecesariamente, levantándose un instante la solapa para ofrecerme una fugaz visión de una insignia que lleva prendida debajo, una insignia redonda que andando el tiempo sabré que en España llaman «la galleta» porque parece una galleta maría, y sin más ceremonia ambos entran en la habitación dándome un leve empujón, leve pero evidente y no disimulado, un empujón que dice: «Aquí estoy yo y tengo poder sobre ti, así que ten mucho cuidado, negro». El alto y espigado se me queda plantado delante, su nariz a dos centímetros de la mía, mientras el bajo y recio hace una breve inspección ocular de la habitación, y su mirada se detiene en el fonógrafo donde el disco de Billie Holiday ya no suena aunque sigue girando a un ritmo constante de 33 revoluciones por minuto, produciendo un rítmico crujido, crac, crac, crac, un crac por cada vuelta completada. El policía bajo y recio coge uno de los discos del interior de la maleta abierta, y mientras lee la funda me hace una pregunta en español, sin mirarme, una pregunta que no comprendo. «No hablo español», miento a medias mirando al policía alto y espigado cuya cara inexpresiva está a dos centímetros de la mía, los ojos duros y fríos que no pestañean clavados en los míos. «Your papers. Documents», dice el bajo y recio, ahora mirando en mi dirección, y yo le contesto que están en el bolsillo de mi gabardina. Me acerco a ella, extraigo el pasaporte a nombre de Richard Wright de un bolsillo y se lo alargo al bajo y recio, que lo inspecciona con detenimiento y expresión suspicaz, pero solo es una pose para amedrentarme. Igual que ayer su colega del raro sombrero acharolado en la estación de Montpellier, él también se traga sin rechistar que el de la foto soy yo a pesar del escaso parecido y me lo devuelve con un ademán descuidado, como sin darle importancia, al tiempo que empieza a interrogarme en un inglés casi ininteligible de tan torpe:

—¿Qué ha venido a hacer aquí, mister Wright?

—Nada. Pasar unos días. Estoy de vacaciones, visitando Europa...

—¿Viene a pasar sus vacaciones a un agujero como este? —dice, mirando significativamente a su alrededor, la lóbrega habitación en que nos encontramos.

—Personalmente preferiría el hotel Ritz, pero esto es más adecuado a mi nivel económico.

—Sí, claro. Pero ¿por qué este hotel, precisamente?

—Me lo recomendó alguien que conocí en la estación.

—¿Quién?

—El dependiente del quiosco.

—¿Le conocía usted?

—No, ¡si acabo de llegar! Solo intercambiamos unas frases cuando le compré esa revista.

—Y él le recomendó esta pensión de mierda.

—Pues sí. ¿Hay algún problema, agente?

El agente ha localizado mi paquete de Lucky Strike encima de la mesita de noche, y sin pedir permiso coge uno y lo enciende, y lanza otro a su compañero, que lo caza al vuelo apartando sus ojos de mí solo el tiempo imprescindible para realizar la operación. Hasta que no ha encendido su —mi— lucky strike, el policía bajo y recio no se digna contestarme.

—Ningún problema. Solo es una comprobación de rutina. Del extranjero nos vienen muchos subversivos, y un extranjero que viaja solo y se aloja en hoteles de tercera categoría, como usted, resulta... sospechoso. Aunque usted es americano, y los americanos ahora son amigos nuestros, ¿no?

Esto último lo dice levantando el periódico que compré en la estación y que había dejado tirada descuidadamente sobre la cama. El policía señala la foto de portada, Eisenhower dándole un abrazo al general Franco.

—¿Ve? Su presidente y nuestro Generalísimo ahora son amigos y aliados, y nuestros países han firmado un tratado de amistad. Debemos defendernos de los bolcheviques, ¿no cree usted?

—Si usted lo dice.

El policía bajo y recio asiente como para sí y desvía su atención, de nuevo, hacia los discos que hay en mi maleta. Los coge y los examina. El otro, el alto y espigado, sigue mirándome sin pestañear y sin mover ni un músculo.

—¿A qué se dedica usted, señor Wright? —me pregunta el bajo y recio en inglés, sin apartar la vista de los discos.

—Soy... escritor —contesto, recordando que esa es la profesión que figura en mi pasaporte.

—¿Qué escribe?

—Novelas policíacas.

—O sea, basura.

—Si usted lo dice.

—Vaya unas cicatrices más feas que tiene en las manos. ¿Cómo se las hizo?

Ante esta pregunta, echo mano de la mentira que a lo largo de años me ha servido para desviar la curiosidad de interlocutores de medio mundo:

—En la guerra. Caí prisionero de los alemanes y me torturaron.

—Vaya. Tenemos aquí a un héroe de guerra —musita el policía bajo y recio, e inmediatamente vuelve a su actividad de inspeccionar mis discos.

—¿Le gusta a usted la música, agente? —digo, por decir algo.

—No mucho. Solo un poco los pasodobles. ¿Sabe usted lo que es un pasodoble, *mister* Wright?

—Pues no, no lo sé. Lo mío es el jazz.

—Ya lo veo. Personalmente, es una música que ni entiendo ni me gusta.

—Pues parece usted muy interesado en mis discos.

—Es interés profesional. Me los voy a llevar a comisaría, para comprobar que ninguno de ellos esté en la lista de obras prohibidas por la censura.

—¿Someten la música a censura?

—Todo se somete a censura. No queremos que desde el extranjero nos introduzcan ideas subversivas.

—Pero la música no transmite ideas. Transmite sensaciones.

—Las sensaciones también pueden ser subversivas.

—Si usted lo dice.

—Sí, yo lo digo.

—¿Cuándo me devolverán mis discos? Es decir, si no los encuentran subversivos...

—No lo sé. Pásese por la comisaría dentro de una semana y ya veremos.

Como para demostrar que con esto pone punto y final a la conversación, el policía bajo y recio se coloca bajo el brazo mi media docena de discos y le hace un gesto con la cabeza al alto y espigado. Este, que permanecía inmóvil salvo para realizar los mínimos movimientos imprescindibles para fumar el lucky strike, cobra vida de repente y se mueve justo lo necesario para abrir la puerta, dejar pasar a su compañero y salir él a su vez. El bajo y recio me lanza un «goodbye» desde la puerta justo antes de que esta se cierre. Recuerdo entonces que no me ha dicho cómo se llama ni en dónde está la comisaría a la que debo ir para recuperar mis discos. Y solo son media docena de viejos discos rayados por el uso, pero durante mucho tiempo han sido mis únicos amigos y de pronto siento la soledad y el desamparo caer sobre mí como un sudario húmedo. Sé que he salido muy bien librado de esta y sé que de momento y a pesar de todo no tengo que preocuparme por mi seguridad personal, pero aun así la visita de esos dos policías me ha dejado una sensación de amargura, vulnerabilidad e impotencia que detesto experimentar. También sé

quién ha avisado a la policía de mi llegada: la pequeña momia de la recepción. Le deben de soltar un par de billetes por cada extranjero extraño del que informe. No es nada personal, pero decido tomármelo como si lo fuera y me prometo a mí mismo hacérselo pagar. Siento unas terribles ganas de fumar, así que cojo el paquete de Lucky de encima de la mesita solo para comprobar con frustración que mis visitantes han acabado con los dos últimos que quedaban. Tendré que ir a comprar más, así que me vuelvo a poner los zapatos y la chaqueta, la gabardina y el sombrero y salgo de la habitación, al tiempo que recuerdo, o mejor dicho, mi estómago me recuerda que no he comido nada en todo el día. De vuelta al vestíbulo veo a la momia masticando su colilla. Toda su atención parece estar puesta en el partido de fútbol que están transmitiendo por la radio, aunque no toda en realidad, porque sorprende una mirada furtiva con el rabillo del ojo en mi dirección mientras me acerco, una mirada que pretende ser casual pero que es calibradora, escrutadora, analítica. Quiere saber qué ha pasado con los policías y cómo me lo he tomado, pero yo decido actuar como si nada, ya me vengaré de ti en algún otro momento, cuando tú tengas la guardia baja y a mí se me presente la oportunidad, pequeña momia chivata. Esa es la mejor manera de vengarse, en frío, créeme: sobre la venganza yo he aprendido con los mejores, con los sicilianos.

Pero no le digo nada de esto, sino que me acerco al mostrador y le pregunto dónde puedo conseguir tabaco, un teléfono y un sitio decente donde llenar el estómago por poco precio. Masculla a través de la colilla húmeda que saliendo a la plaza, justo enfrente de la pensión, hay una casa de comidas de precios moderados y calidad aceptable, donde tienen asimismo un teléfono público «de los que funcionan con monedas», aunque aquí en el vestíbulo la pensión dispone de teléfono para sus clientes, incluso me señala el artefacto de baquelita negra arrinconado en un ex-

tremo del mostrador, pero yo declino la oferta porque es casi seguro que la pequeña momia va a escuchar la conversación a través de la centralita para tener informados a sus amigos de la pasma, y aunque haya dicho que no habla inglés vete a saber, y de todas maneras cuanto menos sepa de mí la policía española, mejor. En cuanto al tabaco, «quiere usted rubio americano genuino, ¿verdad?», me pregunta, a lo que yo asiento. Eso debe conseguirse de contrabando, dice, pero no hay problema, él conoce a alguien que me lo puede vender a bajo precio: «La castañera», me dice, a lo que yo respondo preguntándole qué es una castañera, de lo que él me informa, muy sorprendido de que no lo sepa: una mujer que vende castañas asadas en la calle. Hay una que tiene su caseta instalada al otro lado de la iglesia, añade, y redondea sus ingresos vendiendo paquetes de Winston y Marlboro de contrabando. ¿Y Lucky Strike, vende? No lo sabe, ese no es tan popular, pero es posible que tenga.

La castañera resulta ser una anciana tan envuelta en chales y mantas que más que un ser humano parece un tipi de los indios. Además de los chales y las mantas, le da protección contra el frío una diminuta caseta hecha de tablas pintadas de verde, en cuyo interior está sentada, atendiendo a un brasero donde efectivamente se asan las castañas y los boniatos. «¿Tabaco americano?», le pido en español en cuanto me acerco, y ella se toma su tiempo para responder, tiempo que invierte en observarme de arriba abajo con todo detenimiento, mi genuino Stetson Temple gris, mi genuina gabardina Burberry, mi traje gris de Le Tailleur Américain, mis zapatos negros y, sobre todo, mi rostro de piel oscura. Probablemente calibra si es seguro venderme mercancía de contrabando, pero debe de ser altamente improbable que en España exista un policía o un funcionario de aduanas negro, y a esa conclusión debe de haber llegado la castañera, porque tras mirar por precaución a derecha e izquierda me pregunta: «¿Wins-

ton o Marlboro?». «¿Lucky Strike?», la interrogo yo a mi vez, pero ella cabecea negativamente: «Solo Winston o Marlboro». Así que debo conformarme con lo que hay y elijo Marlboro. De entre los pliegues de las múltiples capas de mantas y chales emerge una mano arrugada sosteniendo un paquete rojo de Marlboro que yo inmediatamente oculto en un bolsillo de mi gabardina. Como no tengo calderilla, le alargo uno de esos billetes de mil pesetas con las efigies de dos reyes medievales, para que la vieja se cobre lo que crea oportuno y me devuelva el cambio. El cambio resulta ser un puñado de billetes más pequeños, algunas monedas y un cucurucho de papel de estraza lleno de castañas calientes que yo no había pedido. Trato de rechazarlo, pero la vieja insiste impertérrita en que me quede con el cucurucho, cosa que tras un breve forcejeo dialéctico, dándome por vencido, hago. Y descascarillando castañas calientes y comiéndomelas me dirijo al restaurante cercano que me ha recomendado la pequeña momia mascapuros. No sé por qué me he puesto a comerlas, si no me gustan las castañas y nunca me han gustado: bajo esa cáscara crujiente que quema los dedos lo único que hay son unas pequeñas bolas duras, de superficie arrugada como un escroto y de un enfermizo color amarillo bilis, que al masticarlas revelan su consistencia harinosa e insípida. Que estén calientes es casi su única virtud. Súbitamente inspirado por una idea, vacío el cucurucho en los bolsillos de la gabardina, en los que a continuación hundo mis manos con placer, sintiéndolas tonificadas por el contacto con aquellas bolitas cálidas. Y encendiendo un marlboro atravieso la puerta del bar, sobre cuyo cristal está escrito el menú con brochazos de pintura blanca. Debe de incluir pulpo, porque hay uno toscamente pintado al lado de las letras blancas. Lo primero que noto al entrar es un fuerte olor a aceite cien veces frito, y lo segundo las miradas de los parroquianos, que se han vuelto hacia mí casi al unísono. En todas las caras se

lee la perplejidad de ver un marciano verde. O un hombre negro, en este caso. Hago como que no me doy cuenta y me siento a una mesa. Inmediatamente se materializa a mi lado una mujer de mediana edad perfumada con vahos de puchero. «¿Qué va a ser?», me pregunta, a lo que respondo: «Algo para comer». Entonces la mujer me recita una retahíla veloz e incomprensible que debe de ser el menú. En una mesa contigua a la mía alguien se come algo amarillo acompañado de unas rebanadas de pan manchadas con algo rojo, y parece estar disfrutándolo. Interrumpo a la mujer, señalo lo que se come el de la otra mesa y digo: «Eso». La mujer mira en la dirección que le señalo y asiente. Antes de marcharse me suelta un «¿vino?». «Sí», respondo. «¿Teléfono?», añadido, haciendo la mímica de llevarme la mano derecha a la oreja como si sujetara un auricular, mientras con la izquierda marco un número imaginario en una rueda inexistente, para que la mujer me entienda mejor. Esta señala un cacharro de los tiempos de Alexander Graham Bell que hay en una pared remota. A él me dirijo, y tras introducir por su ranura un poco del cambio que me ha dado la castañera establezco contacto verbal con una telefonista de voz aguda que, por supuesto, no sabe inglés. Tras un breve forcejeo idiomático consigo que entienda que le solicito una llamada a cobro revertido a París, y le doy el número de Bud.

—¿Sí? —la voz de Bud.

—Hola. Soy yo.

—¡Dutch! Por fin. ¿Estás bien?

—Estupendamente. Acabo de llegar a Barcelona y ya me he instalado en un hotel. Bueno, en una pensión.

—¿Qué tal Barcelona?

—De momento fría, lluviosa y deprimente.

—Como París en abril.

—Pero con mucho menos encanto.

—¿Has tenido algún problema?

—El primero y principal es que mi español es mucho peor de lo que creía.

—Ya mejorará.

—Por fuerza. Y se nota que por aquí no están acostumbrados a ver negros. Todo el mundo me mira como a un bicho raro.

—Pero ¿se meten contigo?

—No, eso no.

—Bueno.

—Ah, y ya he tenido el primer contacto con la policía local.

—¿Y qué tal?

—Me dejaron sin cigarrillos. Y me han confiscado todos mis discos, por si eran material subversivo.

—¿Material qué?

—Nada. ¿Llamarás a Thelonious a San Francisco?

—De tu parte. Y a la condesa a Nueva York. Los dos esperan noticias tuyas. ¿Les pido que te envíen dinero?

—De momento me apañó.

—De todas maneras les diré que te manden algo a lista de correos. A nombre de Richard Wright, por supuesto.

—A él también le saludas de mi parte. ¿Ya ha denunciado el extravío de su pasaporte?

—Aún no. Dice que esperará un par de semanas más.

—Dale las gracias. Y gracias a ti, Bud.

—De nada, chico... Encantado de haber hablado contigo, pero sería mejor que no llamases mucho, ya sabes...

—Sí, ya sé.

—Tienes que permanecer escondido.

—Es la historia de mi vida.

—Adiós, Holandés.

—Adiós, Bud.

Cuelgo. Haber hablado con Bud, en lugar de confortarme,

me ha hecho sentir aún más solo. La soledad ha sido mi compañera fiel desde aquella noche en que me escapé de Las Vegas con las manos vendadas y cosidas por la mujer de Jerome. Desde aquella noche en que dejé de ser Dutch el pianista para convertirme en *The Flying Dutchman*, el Holandés Errante. Normalmente, llevo la soledad bastante bien. Pero en algunas ocasiones...

La comida me espera cuando vuelvo a la mesa: una ración de tortilla de patatas acompañada por unas rebanadas de pan con tomate. Aunque aún no sé que eso se llama así. Al principio lo miro todo con la pizca de desconfianza que inevitablemente inspiran los alimentos desconocidos, pero huele bien, así que me meto un pedazo de tortilla en la boca para probarla y quedo complacido. La tortilla de patatas es un ingenioso manjar de pobre: patatas cortadas en pequeños dados y ligeramente fritas en aceite de oliva, acompañadas de un poco de cebolla, todo ello revuelto con huevo batido y pasado por la sartén hasta que toma la forma de una torta redonda y amarilla, a veces completamente cuajada y a veces con el huevo aún cremoso en el interior, como la que tengo ahora delante. Es un plato simple, pero sabroso. Como el pan con tomate: son unas grandes rebanadas un poco tostadas y untadas con medio tomate maduro, al que se le añade sal y aceite de oliva. Aquí a todo se le añade aceite de oliva, es el condimento omnipresente.

El vino tinto que me han servido es más bien áspero, pero puede pasar. La mujer se me acerca para preguntarme: «¿Todo bien?». «Sí, todo bien», respondo. La mujer se marcha satisfecha a la cocina. El resto de los parroquianos parece haber perdido el interés por mí, ya no me miran ni me prestan atención, por lo que puedo relajarme y disfrutar en silencio de mi modesta colación mientras contemplo la lluvia que empieza a caer de nuevo, salpicando melancólicamente la luna de cristal decorada con di-

bujos de pulpos y paellas, a través de la cual se ve la plaza de piedras medievales a la que dan la iglesia, este restaurante y mi pequeña pensión. La misma adonde poco después de comer me retiraré para despojarme de nuevo de la gabardina, el sombrero, la corbata y los zapatos, para tumbarme en la cama a fumar un marlboro mirando al techo, y así habrá transcurrido mi primer día en Barcelona.